

Acción

Carlo Cafiero

25 de diciembre de 1880

No hay razón para que los eruditos se encojan tanto de hombros, como si tuvieran que soportar el peso de todo el mundo: no fueron ellos quienes inventaron la idea revolucionaria. Fue el pueblo oprimido el que, con sus intentos, a menudo inconscientes, de sacudirse el yugo de sus opresores, llamó la atención de los eruditos sobre la moral social; y solo más tarde algunos raros pensadores lograron considerarla insuficiente, y más tarde aún, otros coincidieron en considerarla completamente falsa.

Sí, es la sangre dividida por el pueblo la que acaba formando ideas en las cabezas de los eruditos. «Los ideales surgen de los hechos, y no al revés», decía Carlo Pisacane en su testamento político, y tenía razón. Es el pueblo el que hace el progreso y la revolución: los aspectos constructivos y destructivos de un mismo proceso. Es el pueblo el que se sacrifica cada día para mantener la producción universal, y es el pueblo de nuevo el que alimenta con su sangre la antorcha que ilumina el destino humano.

Cuando un pensador que ha estudiado cuidadosamente el libro de los sufrimientos de la humanidad define la fórmula de la aspiración popular, — los conservadores y reaccionarios de todo tipo en todo el mundo ponen el grito en el cielo: «¡Es un escándalo!».

Sí, es un escándalo: y necesitamos escándalos; porque es por la fuerza del escándalo que la idea revolucionaria se abre paso. Qué escándalo provocó Proudhon cuando gritó: «¡La propiedad es un robo!».

Pero hoy no hay hombre sensato o con sentimientos que no piense que el capitalista es el peor canalla entre los ladrones; más aún, el único ladrón verdadero. Armado con el más terrible instrumento de tortura, el hambre, atormenta a su víctima, no por un momento, sino por toda la vida: atormenta no solo a su víctima,

sino también a la esposa y a los hijos del hombre que tiene en su poder. El ladrón arriesga la libertad y, a menudo, la vida, pero el capitalista, el verdadero ladrón, no arriesga nada, y cuando roba no solo se lleva una parte, sino toda la riqueza del trabajador.

Pero no basta con encontrar una fórmula teórica. Así como el hecho dio origen a la idea revolucionaria, también es el hecho el que debe ponerla en práctica.

En el primer Congreso de la Internacional, solo unos pocos obreros del proletariado francés aceptaban la idea de la propiedad colectiva. Fue necesaria la luz que arrojaron al mundo entero los incendiarios de la Comuna para dar vida y difundir la idea revolucionaria, y para llevarnos al Congreso de La Haya, que con los votos de 48 representantes de los trabajadores franceses reconoció el comunismo libre como meta. Y, sin embargo, seguimos recordando que ciertos dogmáticos autoritarios, llenos de seriedad y sabiduría, repetían hace pocos años que la Comuna había frenado el movimiento socialista dando lugar a la más desastrosa de las reacciones. Los hechos han demostrado la solidez de las opiniones de estos «socialistas científicos» (la mayoría de ellos no saben nada de ciencia) que intentaron difundir entre los socialistas la conocida «política de resultados».

Por lo tanto, es necesario actuar, actuar y volver a actuar. Al pasar a la acción, estamos trabajando al mismo tiempo por la teoría y por la práctica, ya que es la acción la que da lugar a las ideas, y la que también es responsable de difundirlas por el mundo.

Pero, ¿qué tipo de acción debemos emprender?

¿Debemos ir o enviar a otros en nuestro nombre al Parlamento, o incluso a los consejos municipales?

No, mil veces no. No tenemos nada que ver con las intrigas de la burguesía. No tenemos necesidad de involucrarnos en los juegos de nuestros opresores, a menos que queramos participar en su opresión. «Ir al Parlamento es parlamentar; y parlamentar es hacer la paz», dijo un ex-revolucionario alemán, que después hizo mucho parlamentar.

Nuestra acción debe ser la rebelión permanente, con la palabra, con la escritura, con el puñal, con la pistola, con la dinamita, a veces incluso con las urnas cuando se trata de votar a un candidato elegible como Blanqui o Trinet. Somos consecuentes y utilizaremos todas las armas que se puedan utilizar para la rebelión. Todo lo que no es legal es correcto para nosotros.

“Pero, ¿cuándo debemos comenzar nuestra acción, y abrir nuestro ataque?” nos preguntan a veces los ami-

gos. “¿No deberíamos esperar hasta que nuestra fuerza esté organizada? Atacar antes de estar preparados es exponerse y arriesgarse a fracasar”.

Amigos, si seguimos esperando hasta que seamos lo suficientemente fuertes antes de atacar, — nunca atacaremos, y seremos como el buen hombre que juró que no se metería en el mar hasta que hubiera aprendido a nadar. Es precisamente la acción revolucionaria la que desarrolla nuestra fuerza, al igual que el ejercicio desarrolla la fuerza de nuestros músculos. Es cierto que al principio nuestros golpes no serán mortales; tal vez incluso hagamos reír a los socialistas serios y sabios, pero siempre podremos responder: «Os reís de nosotros porque sois tan estúpidos como los que se ríen de un niño que se cae cuando aprende a caminar. ¿Os divierte llamarnos niños? Pues bien, somos niños, porque el desarrollo de nuestra fuerza está aún en pañales. Pero al tratar de caminar, demostramos que estamos tratando de convertirnos en hombres, es decir, en organismos completos, sanos y fuertes, capaces de hacer una revolución, y no en redactores de garabatos, viejos antes de tiempo, masticando constantemente una ciencia que nunca pueden digerir, y preparando siempre en el espacio y el tiempo infinitos una revolución que ha desaparecido en las nubes».

¿Cómo debemos comenzar nuestra acción?

Basta con buscar una oportunidad, y pronto aparecerá. Dondequiera que se perciba la rebelión y se oiga el sonido de la batalla, ahí es donde debemos estar. No esperes a participar en un movimiento que aparezca con la etiqueta de socialismo oficial. Todo movimiento popular lleva ya las semillas del socialismo revolucionario: debemos participar en él para asegurar su crecimiento. Un ideal de revolución claro y preciso solo lo formula una minoría infinitesimal, y si esperamos a participar en una lucha que aparece exactamente como la hemos imaginado en nuestra mente, — esperaremos para siempre. No imitéis a los dogmáticos que piden la fórmula antes que nada: el pueblo lleva la revolución viva en su corazón, y debemos luchar y morir con él.

Y cuando los partidarios de la acción legal o parlamentaria vengan a criticarnos por no tener nada que ver con el pueblo cuando vota, les responderemos “Ciertamente, nos negamos a tener nada que ver con el pueblo cuando se arrodilla ante su dios, su rey o su amo; pero siempre estaremos con él cuando se levanta contra sus poderosos enemigos”. Para nosotros, la abstención de la política no es la abstención de la revolución; nuestra negativa a participar en cualquier

acción parlamentaria, legal o reaccionaria es la medida de nuestra devoción a una revolución violenta y anarquista, a la revolución de la plebe y de los pobres.

Biblioteca anarquista
Anti-Copyright



Carlo Cafiero
Acción
25 de diciembre de 1880

Recuperado el 26 de mayo de 2022 desde
<https://libertamen.wordpress.com>
Traducido por Jorge Joya.

es.theanarchistlibrary.org